

“Ah, éste es...”

La forma como uno habla es una de las marcas identitarias más fuertes. Nos coloca una etiqueta que va a influir en el lugar social que ocupamos. La construcción del Estado argentino estuvo ligada a la imposición del castellano y de una cierta forma hegemónica de hablarlo.



Reportaje a **Beatriz Gualdieri**
Equipo Educación y Multiculturalidad
CTERA - Univ. Nacional de Luján

► **La Educación en nuestras manos:** *¿Qué significa una lengua para una persona y para un pueblo?*

Beatriz Gualdieri: Tanto por lo que traemos en cuanto a dotación biológica como por lo que somos, seres básicamente sociales, el lenguaje y la comunicación son centrales en la vida de los seres humanos. Desde que nacemos estamos expuestos a la interrelación con el mundo y con los otros, y esa interrelación en gran medida se hace a través de alguna lengua. Inclusive, hay mucha gente en el mundo que desde que nace está expuesta o va adquiriendo más de una lengua. A uno le parece que ser bilingüe o multilingüe es una cosa rara, pero parece ser que en el mundo los raros son los que son monolingües. De alguna manera, esta percepción tiene sus raíces en el hecho de que en nuestro país, como en otros países del continente, siguiendo la tradición europea la construcción del Estado estuvo muy vinculada -y la escuela en esto ha jugado un papel muy importante- a una sola lengua. Todo el mundo tenía que hablar castellano, pero no se tendía hacia el bilingüismo, a sumar esta lengua a las demás, no era “y castellano”, sino “o castellano”, una relación de oposición. El castellano por encima de cualquier otra lengua, y las demás tienen que ser olvidadas, no existen, no sirven para ser parte de esa nueva sociedad.

► *¿Qué consecuencias ha tenido esto?*

B. G.: Ha llevado a que mucha gente haya dejado de ir hablando su propia lengua. Eso no sólo pasó con los indígenas sino con muchos grupos de inmigrantes, aunque en estos casos normalmente siguen teniendo un referente de la lengua de herencia en otro lugar. En esto entran a funcionar los sistemas de valoraciones vinculadas con el ejercicio del poder, el pensamiento civilizatorio, el prestigio social, etc. Cir-

conscribiéndonos a los pueblos originarios que estaban acá, y que siguen estando (con o sin su lengua originaria), para muchos la única opción para sobrevivir, como individuos y/o como grupos, ha sido aprender el castellano e ir olvidando la propia lengua, la de sus padres y abuelos. La han dejado de usar en los espacios esenciales para que se siguiera reproduciendo, en la familia y la comunidad, y por lo tanto se fue debilitando la transmisión a sus hijos. Claro que, por otro lado, hubo y sigue habiendo diferentes grados de resistencia a ese abandono de un elemento identitario tan importante. Un ejemplo de ello son los innumerables esfuerzos que, en los últimos años, vienen realizando muchos pueblos originarios por revitalizar y desarrollar la lengua propia.



livanos o paraguayos ¿no?. Uno tiende a pensar que la lengua es principalmente un medio de comunicación, pero no es sólo eso. Por su papel en la constitución de la identidad, en el fenómeno lingüístico están involucradas las políticas e ideologías desde donde se constituyen las sociedades. Ante un proyecto hegemónico de sociedad, cada lengua va a estar valorada de acuerdo a las necesidades de ese proyecto. Lo mismo sucede con las diferentes variedades de una misma lengua: algunas son legitimadas socialmente, otras no.

► *¿Qué ha sucedido con las lenguas de los pueblos originarios?*

B. G.: En Sudamérica, con la llegada de los españoles se dan distintas dinámicas; unas lenguas originarias subsistieron, otras fueron “tragadas” por el castellano, según el tipo de relación que se estableció en cada lugar y en cada momento de la historia. Hubo distintos tipos de estrategias de los indígenas ante los conquistadores, que llegaban con conceptos, con una visión del mundo y con

► *¿Cómo operan esos sistemas de valoraciones?*

B. G.: Una de las primeras cosas por las cuales a uno le ponen una etiqueta es cuando abre la boca y habla: “*éste es de tal lugar o de tal clase*”. Esas etiquetas no son neutras, según la que a uno le pongan eso va a influir en el lugar social que se ocupa, en la propia imagen. Pensemos que son etiquetas que producen ideologías. Cuando alguien dice “*ah, éste es santiagueño*”, por ejemplo, no es neutro; en nuestra sociedad decir que es santiagueño trae acumulado un montón de cuestiones que tienen que ver con la ideología y con el lugar en el que, desde el pensamiento hegemónico, se los ha puesto a los originarios de Santiago del Estero. La forma como uno habla es una de las marcas identitarias más fuertes, la cuestión es cómo está valorada esa identidad. Por ejemplo, la identidad en tanto hablante del francés está prestigiada, por lo tanto difícilmente un inmigrante francés o sus descendientes vayan a perder totalmente su idioma, por el contrario: van a intentar seguir reproduciendo esa lengua porque los hace sentir bien, porque alimenta una identidad positivamente valorada. No pasa lo mismo con los inmigrantes bo-

Lengua y percepción del mundo

Cada lengua muestra -en las particulares formas que tiene para transmitir las cosas- las posibilidades inmensas de pensamiento del ser humano. Por ejemplo, en castellano cuando hablamos de los objetos tenemos que decir si es uno o más de uno, si es singular o plural. En el mocoví, en cambio, hay cuatro distinciones. Uno puede decir que algo es único, puede decir que son dos, que son unos pocos bien individualizados, o que son un montón, y todas estas distinciones se van a marcar distinto con la misma palabra. En castellano ponemos la “s” y con eso digo “*mis ojos*” -que son dos- de la misma manera que digo “*las hojas*” del árbol, que son un montón. En mocoví, si es uno no pongo nada, si es más hay varias formas de decirlo y diferenciarlo (como si dijéramos hojas-dos, hojas-pocas, hojas-muchas). Si bien en lingüística hay una controversia sobre cuál es la relación que tienen las estructuras de una lengua con el pensamiento de esa sociedad en tanto percepción del mundo, parece de sentido común pensar que si nosotros percibimos el



mundo en términos de “*uno vs. no-uno*”, aquel que habla una lengua que perciba “*uno vs. dos vs. varios vs. muchos*” debe tener una mirada algo distinta en cuanto a la cuantificación del mundo. De la misma manera podríamos pensar que en algo debe influir en nosotros que, en nuestro idioma, percibamos todas las cosas como masculino o femenino, puesto que gramaticalmente todos los objetos son o femenino o masculino: ¿cómo

una lengua muy distinta, y que establecieron relaciones fuertemente asimétricas y conflictivas.

En algunos casos, la lengua propia se mantuvo en diferentes ámbitos y para diferentes usos sociales. Es decir que, ante el conflicto, algunas personas reaccionan intentando reforzar y/o mantener las relaciones hacia el interior del grupo mediante la lengua. En otros casos, la lengua originaria deja de ser hablada, porque es tan drástica la dominación y la estigmatización, y tan fuerte la necesidad de hablar la lengua del conquistador (la necesidad de “integrarse”), que la socialización de las nuevas generaciones se empieza a realizar en esa lengua dominante, y después de dos o tres generaciones ya no queda más que memoria de la lengua propia. Peligrosamente, esta dinámica se viene dando cada vez más rápido desde mediados del siglo XX, no sólo en nuestro país sino en todo el mundo.

► ¿No han quedado rastros de esas lenguas que ya no se hablan?

B. G.: De cierta manera, siempre quedan rastros, por ejemplo en la toponimia. Todas las sociedades nombran los lugares y esos nombres suelen ser muy persistentes: pensemos, por caso, en las de-



Dos idiomas: ¿“mambo” en la cabeza?

Hay quienes piensan, ante un chico que está expuesto a más de una lengua, “pobre, hablar dos idiomas, qué lío se le hará en la cabeza”. En absoluto es así. Estudios en distintos lugares del mundo muestran que el cerebro humano está dotado para hablar muchas lenguas. El problema no está en eso, sino en todo lo que hay alrededor; en particular, en las motivaciones, que se relacionan con las valoraciones y con el “prestigio”. Y ese prestigio tiene que ver con factores básicamente socioeconómicos y político-ideológicos. El problema no es que el chico esté expuesto a tener que aprender dos idiomas. Porque si fuera así, ¿por qué todos aquí quiere mandar al hijo a una escuela bilingüe de inglés con castellano?. Eso está bien, en cambio si habla guaraní y castellano.... “pobrecito, debe tener un mambo en la cabeza... mejor que sólo hable castellano para que no se confunda”. Sin embargo, hay muchas pruebas con gente bilingüe (y multilingüe) donde se muestra que hay ciertas capacidades cognitivas que se desarrollan diferentes a las de un monolingüe: mayor sensibilidad ante problemas nuevos, mayor flexibilidad en la posibilidad de soluciones, una mayor atención y posibilidad de pensar en lo lingüístico. Un monolingüe es como si tuviera anteojeras, sólo ve un camino y lo ve como “natural”, “normal”. Recién cuando uno se enfrenta a otras lenguas empieza a prestar atención a otros caminos, empieza a ver un mundo más amplio y diverso de expresión.



“pensarán” el mundo aquellos que clasifican los objetos en tres géneros, como el alemán; o el inglés, o el quechua, que no hacen distinciones de género?. Por otro lado, hay lenguas que distinguen otras opciones. Por ejemplo, así como nosotros usamos los artículos indefinidos “un/una”, y definidos “el /la” -y sus plurales-, en las lenguas de la familia Guaycurú (mocoví, pilagá, toba, caduveo) hay un sistema de seis palabras (con sus res-

pectivos femeninos y plurales) que indican, tres de ellas configuración: si se trata de un objeto extendido vertical; si es extendido horizontal; si es una forma de tres dimensiones, un volumen. Las otras tres indican visión y movimiento: si algo no se ve, si está ausente; o si hay movimiento que se aleja; o si hay movimiento que se acerca. Estas tres sirven también para ubicar el tiempo. Nosotros, si algo pasó antes o después, lo marcamos en el verbo –“como, comí, voy a comer”-, ellos utilizan la palabra que indica lo no visible o ausente para referirse a un pasado muy remoto o un futuro; la que indica que se acerca tiene que ver con el presente, y la que indica que se aleja tiene que ver con el pasado cercano. Tener para elegir estas seis formas posibilita poner en juego distintos puntos de vista y dar nuevos sentidos a los referentes. Es una forma -distinta a la nuestra- de categorizar la realidad que, es de suponer, moldea una forma particular de cómo se entiende el mundo. //

B. G.

¡Qué vocabulario tan pobre!

Hay toda una idealización con respecto a “la” lengua: a que hay una lengua y hay alguien que sabe sobre esa lengua. Pero la lengua que está en el diccionario o en la gramática es un recorte, una abstracción; la vida comunicativa es mucho más compleja y variada que lo que sale en cualquier gramática. El castellano es una lengua muy codificada, que tiene una Academia que legisla el “buen uso” de lo que sería una variedad estándar “única” para todos los que nos reconocemos como parte de la “comunidad de hispanohablantes”, variedad prestigiada y que funciona como modelo, por ejemplo para la escuela. Cabe preguntarnos por qué, para qué y desde dónde se constituye ese modelo, cuando la realidad nos muestra una riqueza y diversidad lingüística muy grande al interior de lo que llamamos “castellano” o “español”.

Tampoco hay que olvidar que el cambio es otro rasgo inherente de las lenguas: sólo cuando ya no tienen funcionalidad, no cambian. A veces los sentimientos “puristas” nos llevan a ir hacia atrás en busca de una lengua “ideal”, detenida en algún momento del pasado, desconociendo la riqueza y el dinamismo de la creatividad lingüística. Así, la “vida” de las lenguas está siempre en un equilibrio entre unidad y diferencia, entre uniformidad y diversidad, entre permanencia y cambio.

Por eso, cuando se dice “esto es lo que los alumnos tienen que saber”, hay que preguntarse desde dónde y quién dice que eso es lo que tienen que saber. De la misma manera, uno a veces dice “¡qué vocabulario tan pobre que tienen!”. ¿Pobre desde dónde?, ¿estoy comparando qué con qué? /

nominationes de muchas de nuestras provincias, como Catamarca, Jujuy, Tucumán, Chaco, Chubut; de ríos como Paraná, Iguazú, Uruguay, Limay, de montañas como los propios Andes o Chalten, de lugares como Calingasta, Nonogasta, Yapeyú o Tilcara. En los topónimos es posible rastrear lenguas de las que hoy no se tiene memoria o no han quedado registros. O cuyos sistemas de registro no tienen las mismas características que tiene la escritura que usamos nosotros y por lo tanto nos resultan difíciles de decodificar. Otro lugar donde quedan rastros es en la lengua dominante. Cuando pueblos diferentes se “encuentran” es frecuente tomar palabras de la otra lengua para nombrar conceptos y elementos culturales nuevos: eso sucede y ha sucedido siempre, en distintos grados. Del mismo modo, cuando muchas personas aprenden otra lengua pueden ir quedando palabras o algunas formas de construir de la primera lengua en la segunda; con el tiempo esos elementos se “mimetizan” tanto que terminan siendo considerados por los hablantes como formando parte de la lengua. ¿Cuántos de nosotros sabemos que palabras como *cancha*, *pucho*, *jacarandá*, *tomate*, *yapa* son originarias de lenguas indígenas?. Esta es una de las fuentes de las diferencias en la forma de hablar el castellano en distintos lugares de Latinoamérica.



►► ¿Qué implicancias tiene que se pierda una lengua?

B. G.: Es la pérdida de una construcción humana, de un producto histórico específico de la humanidad. En una lengua está la historia y la cultura del pueblo que la habla. De alguna manera, es parecido a la pérdida de la biodiversidad. Pero más grave ya que implica una creación humana, está más allá de la biología. Y si es tremendo pensar en tales términos, es peor aún si lo pensamos en términos de lo que decíamos antes: en tanto vinculación de la lengua con la vida social, con la identidad. Es una agresión a los derechos humanos elementales. La desaparición, o quizás más propiamente el asesinato, de una lengua tiene implicancias a todos los niveles, más allá del objeto-lengua en sí. Tiene que ver con el pasado, con la historia, tanto como con el futuro, de los pueblos. /

Claudia Rodríguez Paoletti